

LA HISTORIA COMO HAZAÑA DE LA INTERPRETACIÓN

Mauricio Beuchot*

Introducción

NOS TOCA EN ESTAS PÁGINAS IMAGINAR cómo se puede construir una filosofía de la historia. Ésta ha decaído y casi desaparecido en la actualidad, porque se la suele ver como cuestión de adivinanza o profecía, como un saber esotérico que nos dice hacia dónde va el curso de los acontecimientos. Pero no, la filosofía de la historia nos habla del significado de los hechos, tanto de su referencia como de su sentido. Por eso tiene un lado positivista y un lado romántico, es decir, una parte que asegura el conocimiento de los datos y otra que fantasea acerca de su proyección humana.

Para esta labor necesitamos de la hermenéutica. Porque la historia es un texto que hay que interpretar, un texto de acontecimientos, de facticidad, de hechos. Y aquí se trata, sobre todo, de plantear una hermenéutica analógica, la cual no se quede en el univocismo positivista de los hechos, pero tampoco en el equivocismo romántico de las solas interpretaciones malentendiendo un célebre *dictum* de Nietzsche. Nos dará una interpretación que mire al lado de la referencia del texto histórico o historiográfico, y también al de su sentido, esto es, a la dirección que lleva hacia el futuro.¹

* Profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México.

¹ M. Beuchot, *Hermenéutica analógica y filosofía de la historia. Del fragmento como símbolo del todo*, México: UNAM, 2011, p. 8.

La filosofía y la historia

No todos los filósofos atienden a la historia. Nos hizo conscientes de eso Hegel, que fue tan atento a ella, que incluso partió de ella para estructurar su sistema. Sobre la posibilidad de una filosofía de la historia ha insistido Walter Benjamin.² Pero también ha habido algunos que la han cuestionado, como Foucault, en sus críticas a las ciencias humanas. Con todo, otros la han reivindicado, como Koselleck y Gadamer; y, según se ve, en línea hermenéutica junto a Paul Ricoeur, p. ej. En sus libros *Historia y verdad* (1955), en *Tiempo y narración* (1983-5) y en *La memoria, la historia, el olvido* (2000), este último escrito pocos años antes de morir. Hyden White y Carlo Ginsburg se han sumado a esta recuperación de la filosofía de la historia.

Parece ser que los últimos en escribir una filosofía de la historia, en el sentido clásico (de Vico, Herder y Hegel), han sido Jaspers y Löwith. El primero en una obra con el título *Origen y meta de la historia*, y el segundo en su libro *El sentido de la historia*. Y es que los clásicos buscaban eso: el sentido que puede tener el decurso histórico, es decir, qué nos espera para el futuro, como anunciaba el ángel de Benjamin; y, en cambio, ha habido voces que parecen indicar que sólo podemos referirnos al pasado, nunca al futuro.³

Y es que podemos interpretar la historia que abarca el pasado, y el efímero instante del presente. Sólo para comprenderlos a aquél y a éste, pero sin que ello nos lance a comprender el futuro. La frase de Cicerón, “*Historia magistra vitae*”, puede entenderse en cualquiera de esos dos sentidos: que sólo nos instruya para el presente, o también para el futuro. Pero, como señala Ricoeur, la historia debe servirnos por lo menos para no repetir los errores del pasado en el presente y en el futuro. Únicamente así podrá tener utilidad.

² W. Benjamin, «Tesis sobre filosofía de la historia», en *Discursos interrumpidos*, I, Madrid: Taurus, 1973, pp. 175-191.

³ R. Cuatango, «La ‘destrucción’ de la idea de futuro», en M. Cruz (comp.), *Hacia dónde va el pasado. El porvenir de la memoria en el mundo contemporáneo*, Barcelona: Paidós, 2002, pp. 187 ss.

¿Qué es la filosofía de la historia? Se ha entendido como la interpretación del pasado para iluminar el presente y el futuro. Pero puede tener muchos aspectos, tantos como la filosofía. Así, tiene un lado epistemológico, que nos hace investigar hasta que punto podemos conocer el pasado y, a partir de él, conjeturar el futuro.⁴ También un aspecto ontológico, que escruta cuál es el ser del ente histórico, en sus elementos principios y causas.⁵ Puede haber una lógica o metodología de la investigación histórica; una ética o política de la misma, que es la más usual y provechosa, la que recoge las moralejas de los acontecimientos. Y hay una antropología filosófica de la historia, la que busca en ella el conocimiento del hombre, de su naturaleza o esencia, bien incardinada y radicada en los hechos socioculturales.

Historia y hermenéutica

Pero, como subraya Gadamer, el problema inicial de la historia es hermenéutico. Porque hay que interpretarla, para cualquiera de las otras visualizaciones. Es casi como ver o leer el curso histórico de una manera no sólo literal, sino también alegórica, como si los acontecimientos fueran símbolos de algo. Burkhardt prohibía esa lectura alegórica, pero Benjamin invitaba a ella. Es, también, el tipo de interpretación que Hyden White atribuye a Ricoeur.⁶

Si tomamos el texto como un signo, y si incluimos como texto tanto el documento histórico como la acción significativa, en el signo encontramos dos aspectos: sentido y referencia; y, por ello, tenemos que interpretar la historia hacia esos dos lados.

La referencia del texto histórico (el documento) es el hecho real al que corresponde. Eso va más hacia la epistemología y la ontología. Nos asegura que podemos narrar con cierta verdad u objetivi-

⁴ H.-I. Marrou, *El conocimiento de la historia*, Barcelona: Labor, 1958, pp. 32 ss.

⁵ A. Millán Puelles, *Ontología de la existencia histórica*, Madrid: Rialp, 1955, pp. 64 ss.

⁶ H. White, «The Metaphysics of Narrative: Time and Symbol in Ricoeur's Philosophy of History», en D. Wood (ed.), *On Paul Ricoeur. Narrative and Interpretation*, London - New York: Routledge, 1991, pp. 140 ss.

dad lo que ocurre. El sentido implica comprensión de lo que sucede, pero también dirección: hacia dónde vamos, y eso nos conduce a interpretar el pasado hacia el presente y el futuro; sí, incluso el futuro.

Todas las enseñanzas éticas y políticas de la historia son muy útiles. Nos ayudan a no repetir errores, a no hacer sufrir y a procurar el mayor bien. Es lo que suele designarse como progreso moral, en toda una escuela.⁷ Allí se aplica el tópico retórico del ejemplo (paradigma o modelo), que sirve para hacer inducciones incompletas, pero como conjeturas bien fundadas. Si se permite el totalitarismo, se lesionarán los derechos humanos, etc.

Pero también nos sirve para la antropología filosófica. Algo nos va mostrando de la naturaleza humana, de la esencia del hombre. Allí sí necesitamos hacer una inducción más cuidadosa, más amplia, para no elevar la anécdota a categoría. Pero no hay otra forma de conocer al ser humano más que a partir y a través de su historia, de lo que hace, para encontrar constantes.

Eso también nos permite descubrir algún sentido en la historia. Atendiendo a ella es como sabemos lo que es el hombre. Es aprovechar la iconicidad que se da en la analogía. El signo icónico es analógico, y es el que, en un fragmento, nos presenta el todo; en una parte nos hace conocer la totalidad. Pero hay que entrenarse y esforzarse para poder captar esa iconicidad, por ejemplo en los acontecimientos de la historia. En los sucesos históricos, parciales y fragmentarios, confusos e inconexos, saber encontrar sus vínculos, su continuidad y su proyección.

Es una operación metonímica, pues pasa de las partes al todo. De los pedazos, que son los hechos, logramos comprender la totalidad (según diferentes magnitudes), al menos conjeturalmente. Ese todo es la esencia humana, y no tenemos otra manera de aprehenderla más que partiendo de nosotros mismos. No a priori, sino a posteriori; no de manera platónica, sino aristotélica. Frente a todo

⁷ E. Pérez-Delgado, E. Serra Desfilis y M. J. Soler Borda, «Jalones históricos de la psicología moral», en E. Pérez-Delgado y R. García-Ros (comps.), *La psicología del desarrollo moral*, Madrid: Siglo XXI, 1991, pp. 3 ss.

el nominalismo que hay ahora, que sólo alcanza para ver lo particular, reaccionamos y postulamos que algo abstracto se puede conocer. Ahora que nadie se atreve a universalizar, denunciamos que muchas veces, en filosofía, universalizamos, tenemos que hacerlo.

Así como buscamos sentido a nuestra historia personal, así lo buscamos para la historia colectiva, ya sea regional, nacional o universal. Según la osadía filosófica o la exigencia epistemológica que tengamos. En la historia se juntan la intencionalidad y la casualidad, no hay un determinismo como el de la física; tampoco puro azar. No somos juguete de la historia, ni solamente producto suyo; también intervenimos en ella, por lo menos influimos (con nuestro hacer e incluso con nuestro dejar de hacer).

¿Sentido en la historia?

Ya al seleccionar los hechos que guardamos en nuestra memoria, personal o colectiva, estamos interpretando. Aplicamos la hermenéutica.⁸ Se inmiscuye nuestra lectura personal, pero eso no impide que alcancemos el sentido de ciertos conjuntos de hechos, ciertas totalidades, incluso que podamos conjeturar el de la totalidad completa de una historia que se pretende universal (aunque sea en sus grandes rasgos, pues nunca será verdaderamente total y completa, se deja de lado a muchos países y personas). Comprendemos y valoramos: juzgamos. Juicio narrativo y juicio de valor. Aunque ahora todo se pretende narratología, también interviene la axiología. Tanto al escribir la historia como al leerla. En el asunto de contarla suele intervenir el poder. La historia, se dice, es la de los vencedores. Pero de nosotros depende tener la advertencia suficiente, como nos pide Foucault, para trascender ese nivel tan parcial y unívoco.

Claro que el sentido de la historia será captado dependiendo de la perspectiva o clave de lectura que se adopte. San Agustín la vio desde la teología, lo mismo Vico, por eso presuponían una Providencia Divina; Marx la vio desde la economía, etc. Todos ellos han

⁸ P. Ricoeur, *Relato: historia y ficción*, Zacatecas: Dosfilos, 1994, pp. 95 ss.

leído la historia con un interés o punto de vista y así la han escrito o explicado. Rebasaron el nivel de la historiografía y accedieron al de la filosofía de la historia. Pasar del nivel historiográfico al filosófico reside en buscar una significación más profunda y, al mismo tiempo, más elevada. No solamente en su aspecto de referencia (que nos asegura la cognoscibilidad del hecho histórico y la posibilidad de expresarlo), sino también el sentido (que nos hace comprender el curso histórico y al hombre dentro de él). Y aun hay varios y diversos niveles de sentido.

En un nivel o grado cero, la historia no tiene sentido, es confusa y oscura. Es el reino de la ambigüedad, de la opacidad, de la equivocidad. Pero no creo que se alcance un grado demasiado alto de conciencia, de racionalidad. La univocidad es un ideal, sólo regulativo, para tender hacia él, pero sabiendo que nunca lo vamos a tocar. Llegamos a un grado suficiente de confianza y de explicación, un grado analógico. Por eso señalamos hacia la hermenéutica y, más en concreto, una hermenéutica analógica, que es consciente de su analogicidad; no pretende la univocidad. Es pobre, pero no en exceso.

Se mezclan la intencionalidad y la no intencionalidad.⁹ Lo voluntario y lo involuntario. Lo procurado y lo accidental. Por eso, ya que la hermenéutica interpreta la intencionalidad del autor del texto, se plantea el problema de quién es el autor de la historia, del texto histórico, tanto del actor como del escritor. Interpretar la intención del que escribe la historia es menos complicado que interpretar la intención del que la hace. Así como en quien escribe hay mezcla de conciencia e inconsciente, así en quien la hace hay una mixtura de voluntario e involuntario. Y de ahí tenemos que sacar su intencionalidad, su comprensión. Croce decía que la historia es una hazaña de la libertad, pero también la libertad es una hazaña de la historia. Hombre e historia se hacen el uno al otro. Pero no hay ni pura naturaleza humana ni pura historia. Lo primero sería como univocismo, pretensión de que la esencia humana ya nos es conoci-

⁹ El mismo, *Tiempo y narración, t. I: Configuración del tiempo en el relato histórico*, México: Siglo XXI, 1995, pp. 365 ss.

da totalmente; lo segundo es un relativismo equivocista igualmente insostenible.

La conciencia y la inconsciencia confluyen en la historia. Con una hermosa metáfora, Hegel hablaba de la astucia de la razón: la razón hace creer al individuo que actúa para sí mismo, siendo que su acción redundaba en favor de la colectividad; el particular se vuelve universal. La astucia de la razón consiste en ocultar lo universal en lo particular, hacer que el todo esté en el fragmento. Y así topamos otra vez con la metonimia, la iconicidad y, por lo mismo, con la analogía. Es lo que usa la razón para su conciencia histórica. Son los recursos de la historia para volverse consciente de sí misma; o, más precisamente, son las herramientas que tiene el hombre para cobrar conciencia de su devenir histórico. Atisba la dirección o destino que, desde el origen, va labrando con su acción sobre los acontecimientos y con su pasión de ellos, su padecerlos.

Lo intencional y lo fortuito

Hablamos de hechos, pero mejor estaría el hablar de acontecimientos. Pues los hechos suponen que alguien los hizo, pero en la historia muchas cosas no son hechas, sino recibidas y padecidas. Más bien son acontecimientos, los cuales no dependen completamente del hombre, sino sólo en parte, y conservan esa connotación de que algo fortuito los acompaña. Los hechos. ¿Cómo decodificarlos? ¿Con qué código? ¿Cuál es la clave de su simbolicidad? ¿Cómo hacer hablar a lo que se nos aparece como mudo? El famoso *dictum* de Nietzsche, “No hay hechos, sólo interpretaciones”,¹⁰ puede entenderse, ahora sí, en su contenido cabal, como indicando que todos los hechos son interpretados; no hay hechos sin interpretaciones ni interpretaciones sin hechos. Se compenetran.

Ya que hay que interpretar, se necesita la hermenéutica. Se puede interpretar de manera pesimista, con el univocismo feroz de la depresión; o se puede interpretar con un optimismo ingenuo, con

¹⁰ F. Nietzsche, *Nachgelassene Fragmente*, 7 [60], en *Werke*, ed. G. Colli y M. Montinari, Berlin: Walter de Gruyter, 1967 ss., VIII, 1, 299.

un equivocismo irresponsable y fatuo. Pero también se puede interpretar con una postura intermedia y mediadora, con un realismo analógico que no desborde de optimismo engañoso ni se hunda en un pesimismo falso. Pues la filosofía de la historia se encarga de recolectar el sentido del proceso histórico.

De manera casi instintiva buscamos el sentido de los hechos. A poco de que ocurrieron reflexionamos sobre ellos. Es muy aventurado preguntar por el sentido de la historia (como sobre el sentido de la vida, o el del ser). Pero, así como Heidegger lo mostró en el caso de la pregunta por el ser, o por su sentido, aquí también todo depende de cómo se plantee la pregunta del sentido de la historia, desde qué horizonte de comprensión. Sentido del ser y sentido del tiempo, paradigma heideggeriano. Pero si el filósofo alemán quiso juntar el ser con el tiempo, esto es, con la historia, para tener así el lado hegeliano de la ontología, nos conviene juntar el tiempo con el ser, para tener (o no perder) el lado heideggeriano de la historia.¹¹

Como solamente poseemos fragmentos de la historia (la personal, la regional, la nacional), captar el sentido total de la historia (universal) es solamente conjetural y muy parcial, pero lo necesitamos y con lo que obtengamos nos basta. Se trata de una inducción incompleta, como son casi todas en la ciencia, pero suficiente, lo cual no alcanza la totalidad de ellas. Por lo general tenemos que trabajar con inducciones así (incompletas pero suficientes) y ahí es donde entra la intuición, para decidir sobre esa suficiencia. Además, como hemos visto, hay diversos niveles de sentido. Siempre se parte de una interpretación del pasado para hacer la del presente y la del futuro. Esto último es muy deficiente; sin embargo, con lo poco que colectemos nos basta para anticipar hipótesis interpretativas de hacia dónde va la historia. Y ello nos permite adoptar alguna estrategia de acción y ponerla en la práctica en la medida de lo posible para avizorar ese sentido.

Podrá no ser mucho lo que el hombre alcance a hacer para influir en la historia, para orientar el curso de los acontecimientos, pero

¹¹ R. Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y hermenéutica*, Barcelona: Paidós, 1997, p. 92.

eso mismo que logra lo deberá a la interpretación de la facticidad histórica, pues la comprensión ayuda y prepara mejor la acción que lo improvisado o desesperado.

Para la comprensión del presente, ya el propio Dilthey había hablado de la necesidad del analogismo.¹² Entendemos lo que hizo César, o cualquier otro, por analogía con nosotros mismos, por un razonamiento analógico. Por qué hizo lo que hizo. Y lo analogaremos a lo que nosotros pensamos y sentimos. Trato de captar, por comparación con los míos, sus pensamientos, sus sentimientos, sus acciones. Comprendemos el pasado desde nuestro presente. Y también por semejanza con lo que ha ocurrido en el pasado, avizoramos el futuro. Comprendemos el mañana desde el ayer y el hoy. La trayectoria que han tenido los acontecimientos, de acuerdo con tales o cuales factores, nos hacen predecir que algo semejante ocurrirá en el porvenir, de seguir así los factores específicos. Si no se cambian las causas, se darán los mismos efectos. Pero qué pequeño se siente el individuo frente a la marejada de la historia. Sobre todo si no tiene poder; por eso nos hemos acostumbrado a que la historia la hacen los poderosos. Ya era tiempo de que se pensara en una historia no hecha por reyes y generales, sino por los hombres comunes y corrientes, pero en grupo.

Niveles de sentido

Los individuos y las familias, antes que historia, tienen mitos: de cómo se conocieron los papás, de cómo fueron engendrando a los hijos, de cómo han vivido, etc.¹³ A semejanza de ellos, los pueblos también, antes que historia, tienen mitos: de fundación, de elección de sus gobernantes por sus dioses o por el pueblo, de sus hazañas bélicas, etc. La historia convive con el mito, la ciencia con el símbolo.

¹² W. Dilthey, *El mundo histórico*, en *Obras*, t. VII, México: FCE, 1978 (1a. reimpr.), pp. 215 ss.

¹³ L. Álvarez Colín, *El universo simbólico de la familia: un estudio de psicología hermenéutica*, México: Ed. Ducere, Col. Hermenéutica, analogía e imagen, 2002, p. 31.

Es una interpretación del hecho, del *factum*, una hermenéutica de la facticidad. Es una suerte de ontología. Pero es también una captación de sentido. Ir más allá del sentido literal de los hechos, y pasar al sentido alegórico, simbólico. En este último encontraremos el futuro. Leer los hechos pretéritos como símbolos del porvenir.

Inclusive, se tiene que interpretar el sentido de la historia para crear el nuevo. Porque necesitamos sentido para ir hacia algún lado, tener una dirección. O encontrarlo o crearlo, o las dos cosas. Y esto antes de que sea demasiado tarde.

Hay un rejuego de determinismo y libertad en la historia, tanto en la individual como en la colectiva. Por eso no tenemos la univocidad del determinismo ni el equivocismo de la libertad omnimoda, sino el analogismo de la confluencia de ambas.

Entre la literalidad y la alegoricidad se sitúa la analogía. ¿Cómo hacer una lectura analógica de la historia? Ésta tendrá la puntualidad de los hechos del lado del sentido literal, y una universalidad extraña del lado de la alegoricidad, y la analogía las hará confluír y tocarse, y aun mezclarse, pero sin confundirse totalmente. Es remontar el nivel empírico de los hechos hasta el trascendental del sentido. Es juntar lo empírico con lo trascendental, a pesar de Kant, hacer que confluyan, lograrlo. Porque hay una denotación y una connotación en el discurso histórico. Y hay que captar su denotación en los hechos y también, aunque es más difícil, la connotación que puede tener para nosotros.

Si hacemos caso a Aristóteles, el sentido de la vida es la felicidad, realizado en una vida virtuosa.¹⁴ Hacia allá hay que orientar la historia, el curso de los acontecimientos. Seguramente es muy poco lo que influiremos en ellos, por carecer de poder, pero también seguramente, será mucho, por el ejemplo que estaremos dando a los demás. Con nuestra acción, con nuestro voto, con nuestro pensamiento comprometido. De la historia aprendemos que el hombre busca el bien; pero, igualmente, que a veces se equivoca al hacerlo. La historia ha servido para hacernos ver que el hombre procura lo

¹⁴ O. Guariglia, *La ética en Aristóteles o la moral de la virtud*, Buenos Aires: Eudeba, 1997, p. 311.

conveniente a la sociedad, pero asimismo nos enseña que en ocasiones yerra al señalarlo. Y nos abre la posibilidad de corregir esos errores.

De la historia recogemos una idea del hombre, pero también en la historia vamos plasmando la idea de hombre que nos formamos. Ella es el origen de nuestra antropología filosófica, la cual empuja nuestro actuar histórico, nuestro construir la historia misma.

Hermenéutica analógica de la historia

Para ello necesitamos la *phrónesis* o prudencia, aplicada a la situación histórica concreta. Esta virtud coloca lo particular en lo universal. Es la astucia de la razón práctica. Así, nos hace interpretar el hecho concreto en el seno de la historia universal, y la historia universal a partir del hecho concreto. Es la fuerza de lo icónico y lo analógico. Es una extraña voluntad de poder. Que nos hace iluminar la parte desde el todo y la totalidad a partir del fragmento. Por eso la *phrónesis* es sentido de la proporción, de la analogía. Incluso de la historia sacamos la idea del hombre, su naturaleza o esencia, y a la luz de la idea del hombre construimos la historia. Hay una *phrónesis* histórica, además de la individual y la política.

Nos reflejamos en la historia como en un espejo. Gracias a ella sabemos lo que somos, nos muestra la naturaleza humana. Por eso con sus trozos construimos utopías, a partir de los hechos imaginamos futuros. Con el descontento de lo fáctico o factual nos lanzamos a lo posible.

Por esta necesidad de la analogía, de la iconicidad, en la comprensión de la historia requerimos una hermenéutica analógica, para tener una interpretación icónica de los acontecimientos. El signo icónico nos hace ver el todo en el fragmento. Nos hace inferir la totalidad a partir de los pedazos. La interpretación icónica o analógica nos aproxima a esa globalidad. El ícono tiene tres clases: imagen, diagrama y metáfora.¹⁵ Una hermenéutica analógico-icónica nos puede dar una interpretación de la historia que, con mucha suerte, será imagen de la misma; las más veces será un diagrama de

¹⁵ Ch. S. Peirce, *La ciencia de la semiótica*, Buenos Aires: Nueva Visión, 1974, p. 30.

ésta; o, por lo menos, una metáfora suya. Están aquí el polo metonímico y el polo metafórico de la analogía.

Y es que el diagrama es como un mapa. Tenemos un mapa de la historia, el mapa del tesoro, el hilo de Ariadna en el laberinto. Es una comprensión inductiva, y una predicción abductiva. Esto les quita a los hechos su mutismo; los hace hablar, y les entendemos lo que dicen. La historia hace al hombre, es verdad, pero también lo es que el hombre hace la historia. El hombre es el sujeto de la historia en los dos sentidos: es el sujeto que hace la historia y el que está sujeto a ella, que la padece.

Los hermeneutas unívocos dicen que la historia tiene un único sentido válido; los equívocos, que posee infinitos, todos irreductibles los unos a los otros. Pero en ambos casos nos quedamos sin comprensión de ella, pues la univocidad estrangula y ahoga sus posibilidades, y la equivocidad las volatiliza, por la diseminación disolvente que hace de ellas; se necesita una hermenéutica analógica, que permita varios sentidos posibles, pero no todos, y según un orden en que algunas interpretaciones serán más correctas que otras. La primera, la unívoca, es referencialista; la segunda, equívoca, niega la referencia, sólo acepta sentido; la tercera, la analógica, procura unir sentido y referencia. Pero no impondrá el sentido a la historia, ni pretenderá que ésta tiene infinitos sentidos inaprehensibles por inconmensurables, sino varios sentidos con un cierto orden de adecuación a la realidad.

Da la impresión de que la filosofía de la historia prospera en épocas de crisis, cuando el hombre necesita pararse a reflexionar acerca de su origen, su marcha y su destino. Hay unos que, como Kant y Hegel, consideran que lo pretérito ya está superado; hay otros que, como Nietzsche y Heidegger, acuden con más gusto al pasado; estos últimos son los hermeneutas, que tratan de mirar a los dos lados. La hermenéutica ha recuperado al sujeto y nos ha devuelto el sentido, que el estructuralismo tanto negó; solamente pide, como Foucault, la interpretación de sí mismo.¹⁶ Allí se encuentran los dos.

¹⁶ M. Foucault, *La arqueología del saber*, México: Siglo XXI, 1978 (5a. ed.), p. 18.